cretario de la cifra del cardenal don Gaspar de Borja, embajador de España en aquella corte. Cuarenta años vivió fuera de España, ocupado siempre en asuntos diplomáticos, así en Italia como en Suecia y Alemania, y siendo ministro de España en várias córtes. Aunque obtuvo una canonjía en la Iglesia de Santiago, se mantuvo en la simple tonsura de clericato, sin recibir otras órdenes sagradas : fué consejero de Indias, despues camarista del mismo, é introductor de embajadores; y murió en 24 de agosto de 1648, en su retiro del convento de PP. Recoletos Agustinos de Madrid, donde fué enterrado, y descansaban sus huesos, hasta que suprimido aquel convento, por extraña casualidad, su calavera limpia y hermosa, sirvió, sin saberse de quién era, para coronar los túmulos de los entierros.

Á pesar de sus faenas diplomáticas, halló tiempo Saavedra para entregarse á serios y profundos estudios y á la composicion de obras que le han dado eterna fama. Estas obras son : las *Empresas políticas ó idea de un príncipe cristiano*, *la República literaria*, y *la Corona gótica*. La primera es la mas célebre de todas : se reduce á una serie de alegorías, representadas primero por medio de una empresa ó dibujo simbólico, y seguidas cada cual de su correspondiente discurso ó tratado acerca de las virtudes y cualidades que deben resplandecer en el príncipe perfecto. Toda la historia antigua y moderna está apurada en este libro para presentar ejemplos y modelos de tales virtudes, y no hay escritor sagrado ni profano de que no saque el autor sentencias ó consejos para dilucidar ó corroborar la doctrina que vierte, reducida mas bien á máximas para la práctica que á teorías sobre la organizacion de los Estados. Esta obra es un dechado perfecto de cómo se trataban en aquel tiempo las materias políticas. *La República literaria* es una obrita, en la cual bajo la alegoría de un sueño, hace el juicio y crítica de varios escritos y sus autores, uniendo á una invencion ingeniosa, elegancia en la diccion y armonía en la frase. *La Corona gótica*, que debió ser la obra mas grande de su autor, es la que goza de ménos crédito, porque escrita con precipitacion, no tuvo tiempo de llevarla á cabo, y fué seguida por otro.

Gran variedad de pareceres existe sobre el estilo de este autor, alabado con exceso por unos, y criticado por otros. Lo cierto es que conoció y manejó su lengua con suma maestría, que sus pensamientos son grandes y no pocas veces profundos, que su diccion es pura y esmerada, y sus frases por lo general rotundas y majestuosas; añadiéndose á esto, severidad, energía y concision, en la cual imita á los mas célebres escritores latinos. Con todo, su estilo peca por afectado y por llevar al extremo estas mismas cualidades : no usa de los períodos largos y de encadenados miembros que tan naturales son á nuestra lengua; sino que procede por frases cortas, esmerándose en dar á cada una un giro notable y una expresion, por decirlo así, epigramática, de lo que resulta un laconismo afectado y no pocas veces oscuro. Á pesar de este laconismo en la frase existen pensamientos repetidos ó explanados en demasía, con el correspondiente acompañamiento de símiles y comparaciones en que no hay objeto de la naturaleza ó de las artes que no salga á relucir, y esta redundancia unida á la marcha acompasada y monótona del lenguaje, engendra languidez y cansancio en la lectura. Con todos estos defectos, Saavedra

será siempre, sin embargo, uno de nuestros buenos hablistas y de los que mas conviene estudiar para conocer todos los recursos de la lengua.

Muchos bellos pasajes pudiéramos presentar de este autor; pero lo estrecho de los límites en que nos vemos encerrados, nos obliga á contentarnos con el siguiente, en que pinta el carácter de Fernando el Católico.

« En el glorioso reinado de Fernando, se ejercitaron todas las artes de la paz y de la guerra, y se vieron los accidentes de ambas fortunas, próspera y adversa. Las niñeces de este gran rey fueron adultas y varoniles : lo que en él no pudo perfeccionar el arte y el estudio, perfeccionó la experiencia, empleada su juventud en los ejercicios militares. Fué señor de sus afectos, gobernándose mas por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Reconoció Dios su grandeza y la gloria de las acciones propias, no de las heredadas. Tuvo el reinar mas por oficio que por sucesion, sosegó su corona con la celeridad y la presencia : levantó la monarquía con el valor y la prudencia; la firmó con la religion y la justicia, la conservó con el amor y el respeto; la adornó con las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio; y la dejó perpétua con fundamentos y institutos verdaderamente políticos. Fué tan rey de su palacio como de sus reinos, y tan ecónomo en él como en ellos. Mezcló la liberalidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad, y la clemencia con la justicia, Amenazó con el castigo de pocos á muchos, y con el premio de algunos, cebó las esperanzas de todos. Perdonó las ofensas hechas á la persona, pero no á la dignidad real : vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre de ellos. Ántes aventuró el estado que el decoro. Ni le ensoberbeció la fortuna próspera, ni le humilló la adversa. Sirvióse del tiempo, no el tiempo de él; obedeció á la necesidad y se valió de ella reduciéndola á su conveniencia. Se hizo amar y temer. No se fiaba de sus enemigos, se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia, su parentesco razon de estado, su confianza cuidadosa, su difidencia advertida, su cautela conocimiento, su recelo circunspeccion, su malicia defensa, y su disimulacion reparo. Ni á su majestad se atrevió la mentira, ni á su conocimiento propio la lisonja. Se valió sin valimiento de sus ministros; de estos se dejaba aconsejar, pero no gobernar. Lo que pudo obrar por sí no fiaba á otros. Consultaba despacio y ejecutaba de prisa : en sus resoluciones ántes se veían los efectos que las causas. Impuso tributos para la necesidad, no para la codicia, ó el lujo. No tuvo corte fija, girando como el sol por los orbes de sus reinos. Trató la paz con la templanza y entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia. Lo que ocupó el pié mantuvo el brazo y el ingenio, quedando mas poderoso con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas : lo que pudo vencer con el arte no remitió á la espada. Ponia en esta la ostentacion de su grandeza, y su gala en lo feroz de sus escuadrones. Obraba lo mismo que ordenaba, y se confederába para quedar árbitro, no sujeto. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Firmó las paces debajo del escudo. Vivió para todos, y murió para sí. »

Este retrato, á pesar de su hermosura, presenta tal simetría en los períodos, tal acompasamiento en la construccion de la frase, tal aficion

á los equívocos, que todo prueba poca pureza en el gusto; y si se compara este estilo con el de los contemporáneos de Saavedra, se verá que ya andaba nuestra literatura de caída, si bien él no se dejó arrastrar tanto como otros de los resabios que la afeaban. Con efecto, aquella era la época de los cultos y conceptistas; y un autor de grande ingenio, pero que se lanzó á pecho descubierto en tan extraviada senda, no solo dió pábulo á la corrupcion con su ejemplo, sino que hasta pretendió reducirla á reglas dando una especie de poética de aquel gusto depravado. Este fué *Baltasar Gracian*, harto célebre en su tiempo, totalmente despreciado ahora, pero que no merecia ni aquella honra ni este desprecio.

Nació Gracian en Calatayud; pero se ignoran las circunstancias de su vida, sabiéndose solo que fué religioso de la Compañía de Jesus, rector del colegio de Tarragona, y que trasladado al de Tarazona, murió en esta ciudad en 1658, no habiéndose averiguado el año de su nacimiento. Aunque por razon de su estado, publicó sus escritos con el nombre de su hermano Lorenzo, que es el que lleva la coleccion de sus obras, á nadie pudo engañar este disfraz, y notorio fué siempre á todos el autor verdadero.

Hemos dicho que Gracian trató de reducir á regla el mal gusto; y con efecto, tal fué el objeto de su *Agudeza y arte de ingenio*, en que clasificó en géneros, especies y deferencias el estilo remontado, altisonante y enigmático que adoptaron todos sus imitadores, y que llegó á dominar en una época en que se graduaba el mérito de las obras por la dificultad de comprenderlas. Hé aquí como vituperando el lenguaje fácil y natural, aconseja el amontonamiento de símiles y conceptos alambicados.

« Conténtanse algunos con sola el alma de la agudeza, sin atender á la bizarría del exprimirla; ántes tienen por felicidad la facilidad del decir. No fué paradoja sino ignorancia, condenar todo concepto; ni fué Aristarco, sino mónstruo, el que satirizó la agudeza, antípoda del ingenio cuya mente debia ser el desierto del discurso. Son los conceptos vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tienen de perfeccion cuanto de sutileza; mas cuando se junta lo realzado del estilo y lo remontado del concepto, hacen la obra cabal. Háse de procurar que las proposiciones hermoseen el estilo, los reparos lo aviven, los misterios le hagan preñado, las ironías le den sal, la crísis hiel, las paranomasias donaire, las sentencias gravedad, las semejanzas lo fecunden, y las paridades lo realzen. »

En vista de esta doctrina, se puede colegir lo que serian los escritos del maestro que tales preceptos daba; y en efecto, es imposible llevar el delirio mas allá de lo que le sucede á Gracian en *el Oráculo, Manual y arte de prudencia*, donde cada frase es un enigma que hace sudar al lector; y en *el Héroe*, rebutido de metáforas violentas, sutilezas tenebrosas; antítesis y retruécanos ridículos tales que es preciso ser un verdadero héroe para concluir su lectura. Sin embargo, este autor estaba dotado de verdadero talento, de gracia sin igual y de imaginacion risueña. Su *Criticon* es en la mayor parte, y salvo los defectos que siempre le deslucen, una obra digna de aprecio por lo ingenioso de la invencion, lo agradable de los sucesos y aventuras que refiere y por la amenidad del estilo. Tiene este libro por objeto pintar

al hombre en sus tres edades de la adolescencia, virilidad y vejez; formando en su todo una composicion satírico-moral, que agrada y entretiene en sumo grado. Sirvan de ejemplo los siguientes pasajes, en que describe como Egenio fué conduciendo á los dos camaradas Critilo y Andrenio en la gran feria del mundo.

« Comenzaron á discurrir por aquellas ricas tiendas de la mano derecha. Leyeron un letrero que decia: *Aquí se vende lo mejor y lo peor*. Entraron dentro, y hallaron se vendian lenguas para callar las mejores para mordérselas, y que se pegaban al paladar.

» Un poco mas adelante estaba un hombre señalando que callasen, tan léjos de pregonar su mercadería. ¿Qué vende este? dijo Andrenio. Y él al punto le puso el dedo en boca. Pues de este modo, ¿cómo sabremos lo que vendes? Sin duda, dijo Egenio, que vende el callar. Mercadería es bien rara y bien importante, dijo Critilo: yo creí que se habia acabado en el mundo. Esta la deben traer de Venecia, especialmente el secreto, que acá no se coge. ¿Y quién le gasta? Esto, estáse dicho, respondió Andrenio, los anacoretas, los monjes, porque ellos saben lo que vale y aprovecha.

» Pues yo creo, dijo Critilo, que los mas que lo usan no son los buenos, sino los malos; los deshonestos callan, los adúlteros disimulan, los asesinos punto en boca, los ladrones entran con zapatos de fieltro, y así todos los malhechores. Ni aun esos, replicó Egenio: que está ya el mundo rematado, que los que habian de callar, hablan mas, hacen gala de sus ruindades. Veréis el otro, que funda su caballería en bellaquería, que no le agrada la torpeza sino es descarada; el acuchillador se precia de que sus valentías den en rostro; el lindo que hable de sus cabellos; la otra, que se descuida de sus obligaciones y solo cuida de su cara, placea las galas cuando mas la descomponen; el mal ladron pretende cruz; el otro pide el título, que sea el sobrescrito de sus bajezas; de este modo todos los ruínes son los mas ruidosos.

» Pues señores, ¿quién compra? El que apaña piedras, el que hace y no dice, el que hace su negocio, y Harpócrates á quien nadie reprende. Sepamos el precio, dijo Critilo, que querria comprar cantidad; que no sé si lo hallaremos en otra parte. El precio del silencio, les respondieron, es silencio tambien. ¿Cómo puede ser eso, si lo que se vende es callar? ¿la paga cómo ha de ser callar? Muy bien: que buen callar se paga con otro; este calla porque aquel calle, todos dicen callar y callemos...

» Gritaba otro: dáos prisa á comprar, que miéntras mas tardeis mas perderéis, y no podréis recuperarlo por ningun precio: este redimia tiempo. Aquí, decia otro, se da de balde lo que vale mucho. ¿Y qué es? El escarmiento. ¡Gran cosa!... y ¿qué cuesta? Los necios le compran á su costa; los sabios á la agena. ¿Dónde se vende la amistad? preguntó Andrenio. Esa, señor, no se compra, aunque muchos la venden...

» Aquí hoy no se fia, decia otro, ni aun del mayor amigo, porque mañana será enemigo; ni se porfía, decia otro, y aquí entraron poquísimos valencianos, como ni en las del secreto...

» Pregonaba uno: aquí se venden esposas. Llegaban unos y otros preguntando ¿si eran de hierro ó mujeres? Todo es uno, que todas son prisiones. ¿Y el precio? de balde, y aun ménos. ¿Cómo puede ser ménos? Sí, pues se paga porque las lleven. Sospechosa mercadería, mujeres y pregonadas, ponderó uno: esa no llevaré yo: la mujer ni vista

ni cocida. Pero tambien será desconocida. Llegó uno y pidió la mas hermosa: diéronsela á precio de gran dolor de cabeza; y anadió el casamentero : el primer dia os parecerá bien á vos, todos los demas á los otros. Escarmentado otro, pidió la mas fea : vos la pagaréis con un contínuo enfado. Convidábanle á un mozo á que tomase esposa; respondió : aun es temprano ; y un viejo : ya es tarde. »

Á los cuatro escritores que van mencionados en este capítulo, solo añadiremos uno de entre los muchos que, inferiores á ellos, gozaron de menor nombradía. Este es *don Juan de Zavaleta*, que nació en la corte á principios del siglo XVII, aunque se ignora en qué año. De las muchas obras que escribió, así en verso como en prosa, la mas notable es la del *Dia de fiesta*, que contiene cuadros de costumbres de aquel tiempo á la manera de los que hoy dia ha publicado el *Curioso Parlante*. Por esta razon es muy curiosa su lectura; no dejan de tener chistes, y el lenguaje es bastante natural; pero sus pinturas están recargadas de reflexiones morales, que las hacen algo cansadas. Hé aquí cómo empieza la del galan, descargándola de muchas de esas reflexiones.

« Despierta el galan el dia de fiesta, á las nueve del dia, atado el cabello atras con una colonia. Pide ropa limpia, y dánsela limpia y perfumada... Dícele á un criado que le dé de vestir, que otro vaya á llamar al barbero y al zapatero. Pónele un jubon cubierto de oro, porque es constitucion de la gala cuidar mas del adorno interior que del exterior... Cálzase luego, y pónese unas medias de pelo tan sutiles, que despues de habérselas puesto con grande cuidado, es menester cuidado grande para ver si las tiene puestas. Yo pienso que ha de llegar tiempo en que hasta las medias las hagan hechiceras, porque las puedan hacer invisibles... Ajústase las medias á las piernas con unos ataderos tan apretados, que no parece que aprietan, sino que cortan. Garrotes suelen dar á los que están sin sentido; muy sin sentido está quien no vuelve en sí con estos garrotes... Entra el zapatero oliendo á cansado. Saca de las hormas los zapatos, con tanta dificultad como si desollára las hormas. Siéntase en una silla el galan; híncase el zapatero de rodillas, apodérase de una pierna con tantos tirones y desagrados, como si le enviaran á que le diera tormento... Entra el barbero dando priesa desde que entra; pide lumbre para los hierros, y dice que pongan el escalfador á la lumbre. Siéntase el galan en una silla, y en sentándose pierde el dominio de su cuerpo, porque no se puede menear sino hácia donde el barbero le manda. Pónele un peinador muy plegado, que es lo mismo que ponerle unas enaguas por el cuello, etc., etc., etc. »

CAPÍTULO III.

Escritores sagrados. Ávila, Granada.

Siendo tan religiosa la nacion española, y hallándose este sentimiento en su mayor fuerza por los siglos que examinamos, es de suponer que abundarian los escritores sobre materias sagradas. Así fué, y difícil seria contar el número de predicadores que hubo y de obras religiosas que se publicaron; pero desgraciadamente el talento y el buen gusto no acompañaban siempre al fervor piadoso, y la mayor

parte de tales escritos son insufribles á la lectura, ó no sirven sino para aquellos que, prescindiendo de los adornos de la elocuencia, buscan solo erudicion y doctrina. Aun fué peor todavía, cuando acreditado el culteranismo, se apoderó tambien del púlpito : entónces la cátedra del Senor se convirtió en un palenque de desatinos : cada predicador fué verdadero delirante, y los templos se vieron profanados por un lenguaje indecoroso, lleno de conceptillos, de equívocos, de retruécanos groseros, hasta de insolencias, y de expresiones bajas y chavacanas; género de que fué el mas célebre campeon el *P. Hortensio Paravicino*. Á tanto llegó este depravado gusto, y tal se arraigó en los predicadores, que hubo precision de que en el siglo pasado unos de nuestros buenos escritores, el P. Isla, se armase en su *Fray Gerundio de Campazas* del azote de la sátira, para desterrar un abuso que tenia ya escandalizada á toda persona ilustrada y á las almas verdaderamente piadosas.

Sin embargo como en la Iglesia han existido siempre varones doctos y elocuentes, la oratoria sagrada ha producido tambien obras dignas de ellos y del santo objeto que tenian. Verdad es que estas obras, sobre todo las destinadas al púlpito, no ofrecen por lo regular en su conjunto aquella belleza de formas, aquel esmero de composicion, aquel arte que se admira en algunos sermones extranjeros, particularmente en los franceses de la buena época de Luis XIV. Nuestros oradores sagrados no tenian las pretensiones que impulsaban á Bossuet, Fléchier y Masillon, á esmerarse en sus oraciones fúnebres, á limarlas, gastando en su composicion tal vez meses enteros: no trataban de dar á luz dechados perfectos de elocuencia, sino que entregados al solo cuidado de su ministerio, que era sembrar buena doctrina y difundir la palabra de Dios, cual ellos mismos la sentian resonar en el fondo de sus piadosos corazones, pedian los rasgos de su elocuencia á la inspiracion mas bien que al estudio, y hablaban con uncion, con fervor, si bien hartas veces con desórden y desaliño. Meditados sus discursos mas bien que compuestos, ó los improvisaban en la cátedra sagrada, ó los arrojaban rápidamente sobre el papel, y dado caso que puesiesen algun esmero, era en la correccion de la frase, mas bien que en la bella disposicion del todo. Lo bueno que se encuentra en ellos es fruto de los estudios con que anteriormente habian cultivado su entendimiento, no del afanoso trabajo del momento. Llenos de sábia doctrina y de erudicion extensa, conocedores profundos de su lengua, acostumbrados á manejarla con maestría, animados de un espíritu altamente religioso, dotados de natural elocuencia, las bellezas que con profusion sembraban en sus discursos no les costaban esfuerzo alguno, y caían de su boca con la abundancia y facilidad con que un manantial de claras aguas las arroja sin tropiezo á la corriente. Pero así como esta corriente, si no se le señalan límites y camino, inunda lastimosamente el campo, así aquellos raudales de elocuencia se aglomeraban confusamente y no producian, por falta de órden, de economía y de buena disposicion, un todo armónico, una composicion perfecta. En nuestros oradores sagrados resaltan, pues, con mucha frecuencia rasgos bellísimos y de la mas alta elocuencia; pero las obras en su totalidad no embelesan, no cautivan, no sorprenden, no dan la idea de un discurso completo en todas sus partes, como lo son las